

## MANO DE SANTO

*Nada te ata a una biografía cosmopolita,  
sin embargo,  
Madrid ahora es una ciudad suspendida  
en un amplio bosque inmóvil.*

VIRGINIA VILLAPLANA, *Zona de Intensidades*



Ahora lo hago como ellos. Pido media tostada o entera. Tres hendiduras en diagonal en la miga tostada. Vierto aceite generosa y basculo la mano para que la cosa se empape uniformemente.

Describiendo un círculo, la sal sobre la tostada. Restriego el tomate.

Y desayuno.

Al principio nadie entendía por qué me había mudado de ciudad.

«Lo normal es trasladarse al lugar de donde tú vienes».

La lógica radial de nuestro país es acabar allí —al menos pasar alguna temporada, siquiera coquetear con una huida en esa dirección—.

—Mira —Ceci dibuja nuestro mapa con el boli azul en el mantel de papel color naranja pálido. Todas las líneas confluyen en el centro—. Incluso desde aquí —señala Cataluña— se considera todo un reto tener éxito en el centro. ¿Te has fijado que todas las giras acaban en Madrid?

Ceci es actriz. La conocí al poco de llegar a Sevilla. Nos conocimos en un curso de dramaturgia para actores. Ahora tiene un hijo que se llama Mario. Es mi «ahijado civil». En cinco años, Ceci y yo nos hemos convertido en treintañeras. Buenas amigas y treintañeras. Nuestras caderas ensanchan, las «líneas de expresión» en torno a la boca son más notorias, algunas tonterías que nos importaban se han disuelto y ahora nos preocupan, por el contrario, nuevas cuestiones.

Cuando nos conocimos, yo dije que era escritora y ella dijo que era actriz. Ahora yo digo que soy librera y ella dice que trabaja en una productora.

Estamos desayunando en la Plaza de San Marcos. Esta noche me he quedado con Mario. Por la mañana, lo he llevado a la guardería y he esperado a Ceci en la terraza del bar León, para desayunar y devolverle la bici y las cosas de Mario.

Ceci ha pasado su primera noche fuera desde que nació Mario y su primera noche con un tío desde que se separó en septiembre del año pasado. Es cuatro de marzo y la ciudad ya ha entrado en el delirio del azahar que explota al volver cada esquina.

—La ciudad ya está en esa especie de síndrome premens-trual previo a la Semana Santa, ¿no?

Ceci se ríe con la boca llena de pan y jamón serrano.

Se acercan dos señoras con un pelo inverosímilmente enlacado, cruzan cerca de nuestra mesa, en dirección a San Luis de los Franceses.

—Pero ¿cómo es la cosa? La gente va recorriendo las iglesias hasta que llega el Domingo de Ramos y luego...

La cara de Ceci se ensombrece. Retira un poco el plato de su tostada. No sé si se ha atragantado.

—¿Qué día es hoy?

—Cuatro, creo. Lunes.

—Hostia puta. El máster.

Ceci lleva dos cursos haciendo un máster de Gestión Cultural. Pagó la matrícula de golpe con parte de lo que sacó de su boda con Felipe. Dice que sola, con un hijo y sin dinero, es imposible ser actriz. Lo que no entiendo es por qué, si empezó el máster

antes de separarse, la variable «sola» ya formaba parte de su decisión de orientar su carrera hacia la gestión cultural.

¿Cuántas actrices, cantantes, músicos hay trabajando en la industria cultural? ¿Cuántas escritoras hay empleadas en cada editorial? ¿Cuántas bailarinas hay impartiendo módulos en el máster de Gestión Cultural de Ceci?

—¿Qué pasa?

—Esta tarde tengo grupo de máster y se me había olvidado.

—¿Tenías que entregar algo?

—No. Pero no tengo con quién dejar a Mario.

En un momento pienso en mi ejemplar de *Pedro Páramo* a la mitad, abierto boca abajo sobre la mesa del salón, esperándome, y en cómo mi maravillosa tarde de lunes libre se me está convirtiendo en un paseo con Mario por la orilla del río.

—¿Tu madre?

—Está en Sanlúcar. Cris trabaja y mi hermano está hoy en Granada.

—¿Y Felipe?

—Está en Valencia. Tocando.

Pienso en la determinación que ha tenido Felipe para ser sólo músico. ¿Tendrá que ver la cobertura que siempre le dio Ceci para llevar a cabo su vocación?

—En fin, que me toca, ¿no?

Le canto, imitando a Juanita Reina: «Madrina, por dentro jardín de espinas, por fuera carita de rosa». Ceci vuelve a reírse. Recupera el plato de su tostada entera con jamón y tomate, mientras me mira, ladea la cabeza y se muerde el labio de abajo.

Se parece a Tristán, el perro de peluche que sólo quería un amiguito.

—Gracias, amiga.

Antes de irse al «grupo de máster», Ceci y yo intercambiamos las llaves de los candados de nuestras bicis. Aquí dicen amarrar la bici. Yo siempre he dicho atar, o como mucho candar la bici. El andaluz está lleno de arcaísmos. O así me lo parece a mí. A los seis meses de venir a vivir a Sevilla, me dieron una beca para ir a estudiar a Buenos Aires. A la vuelta empecé a ver conexiones entre el castellano de América y el que se habla en Sevilla. Pensé en barcos saliendo de la Torre de La Plata cargados de palabras. O volviendo.

La bici de Ceci tiene una sillita detrás del sillín para llevar a Mario. Mientras espero a que Mario se despierte de la siesta, voy rumiando mi pequeño enfado conmigo misma. «¿Cómo voy a convertirme en escritora si no paro de estar siempre disponible para los demás? ¿Y a mí quién me ayuda a hacer de mi deseo una rutina?». Últimamente estoy un poco aislada, de todas formas. Pienso que ayudar un poco a mi amiga y a mi «ahijado», con el que ya he contraído una serie de obligaciones no escritas, no me va a quitar de las manos el Nobel de Literatura y de paso me saca un poco de mi opción estilista. Pero hoy era mi único día libre en la librería. Los lunes libro. Libro de libros. Trabajar en la librería de un teatro puede ser muy aburrido. Si no hay trabajo pendiente, me limito a hacer tiempo durante la función hasta el descanso, si hay descanso. Si no, hasta el final. No puedo leer, porque no me concentro. No puedo entrar a ver las obras porque lo tengo prohibido. Por no hablar de los inconvenientes para mi socialización que provoca trabajar de noche y los fines de semana.

Así que no trabajar los lunes es casi la única parte buena de trabajar en la librería de un teatro. ¿Cuándo exactamente y cómo gana la dependienta de la librería la partida entre la escritora y la necesitada de nómina? La nómina, esa marca de clase que me recuerda que provengo de un barrio de Madrid y no de

una cierta aristocracia literaria. La conciencia de clase. ¿Pagará mi piso la vocación? Más bien al revés.

Mario se despierta con los ojos empañados por el sueño y está como borracho. De pie en la cuna, el pañal le pesa dos kilos. Se queda pegado a mi regazo un buen rato mientras le cuento nuevas aventuras de Langosta Loca que me voy inventando sobre la marcha. Langosta Loca es un personaje que me inventé para él y que hasta tiene sus propias canciones. Mario se queda quieto, como rumiando el final del sueño. Desprende un calor de carbón humano y una ternura pegajosa, igual que su nuca empapada de sudor. Ya se me ha pasado el enfado. Esta ternura parece más cortada a mi medida que el esfuerzo infinito y la disciplina férrea que me convertirían en escritora.

Mario tiene talento para la ternura, como todos los niños. Yo tengo talento para la escritura, pero el talento sin trabajo sólo me llevará a la repetición de las cuatro piruetas que nunca me ha costado hacer, que se me dan bien. Sin trabajo no pasaré la barrera de la pirueta.

Mario se separa de mí, ya ha vuelto a su vida de abrir cajones, espachurrar hojas de revistas y caerse una y otra vez sobre su pañal ya limpio.

Merendamos fruta diseminada para trona y babero y nos vamos a la calle con la bici. En realidad, me da un poco de miedo llegar hasta el carril bici con Mario detrás, pero tengo que hacerlo, así es la vida de los cuidadores: obligados una y otra vez a correr riesgos sobre un tercero que depende de ellos.

A la orilla del río hay un parque muy concurrido con columpios luminosos y ergonómicos. Ato la bici a un árbol cerca de un banco. Siento a Mario en la arena y sacudo a su lado una bolsa de malla que tiene un cubo, una pala y un cangrejo de goma que me recuerda a una peli de Disney que nunca pude acabar de ver. Mario está feliz, me mira con ojos de corriente eléctrica. Le da subidón el parque. En esta hora tan redonda en medio de todo,

como suspendida, con luz todavía alta, peste a azahar podrido y jalones de viento fresco, a mí también.

Pienso que este momento merece aparecer por lo menos en uno de los relatos que tengo por escribir. Intento guardar en mi memoria todos los matices: el griterío, el sonido seco de los zapatos sobre la gravilla, el parloteo de los padres que, de pie o sentados en los bancos, forman un anillo de protección en torno al arenero.

Mario está comiendo tierra. Corro a detenerle, mi relato mental tendrá que esperar.

Son las seis de la tarde y el mundo parece haberse confabulado en este parque para mostrarme una cara de la vida que merece la pena, lejos de mis diatribas de librera que quiere ser escritora.

Hay unas cuantas madres jóvenes, un par de chicas ecuatorianas o bolivianas, algunos abuelos y también padres, pero el predominio es de mujeres. Las mujeres mantienen a punto esta Alegría de Parque que funciona como una reserva natural de la biosfera de las personas futuras. Rebusco en el bolso mientras intento memorizar la frase para un próximo relato de parque. Se me ha olvidado la libreta.

El sol empieza a bajar en sombras rojas contra el río, los árboles se recortan y el agua se va convirtiendo en un Tetris de placas plateadas. El olor a río me hace acordarme de mis veranos de niña madrileña en el Sur. Para Mario lo exótico será el olor a metro, las multitudes de la Gran Vía o las barcas del Retiro. Seguro que acaba por allí una temporada buscándose la vida, quizá lo haga a la misma edad que tengo yo ahora, que ando aquí perdida en el Sur sin saber lo que busco. Enredándome en compromisos en mis tardes libres, en ese tiempo que les había prometido a mis relatos.

Los niños se van marchando. Mario no quiere soltar un objeto de color naranja, que creo recordar que no es suyo. Me dirijo hacia él y hacia el niño que llora a su lado; voy diciendo en

alto: «Mario». No sé si voy a optar por la hiperexplicación de la propiedad privada o por el tirón seco que haga alejar su manita del juguete que no es suyo. Mi tirón decidido sorprende a Mario, quien, inopinadamente, acaricia la carita del niño que seriamente agarra ya su cubo naranja con las dos manos. Las reacciones de los niños son tan caprichosas como las nuestras, sólo que ellos no las suavizan constantemente con los patrones de cortesía.

Llegamos a casa molidos. Nadie sabe lo que cansa un niño. Como dicen aquí: «Una peoná». Me empiezo a cabrear de nuevo conmigo misma. Voy a empezar la semana cansada y me tendré que dedicar a recuperarme en el tiempo que me quede libre. La treintena marca el comienzo del fin de la energía ilimitada, esa que acaba de escenificar Mario en toda su plenitud de correteos por todos y cada uno de los columpios del parque.

No sé si tengo que bañarlo o debo esperar a Ceci. Ellas siempre quieren «al menos» bañar a los niños. El baño tiene efectos terapéuticos sobre la endémica culpa de las madres trabajadoras, estudiantes o ambas cosas. Decido esperar. Como ya no sé qué hacer con Mario, hago una cosa muy cutre. Ya no doy para crear más historias de Langosta Loca y creo que incluso Mario preferirá una actividad pasiva, donde podamos prescindir del amaneramiento de la casi siempre aspaventosa comunicación que se establece entre bebé y adulto.

Pongo un DVD de SmartKids, una cinta de animación y música clásica que, según el texto de la carátula, incentiva la sinapsis de la inteligencia creadora. Creo que más bien incentiva la posibilidad de hacer la cena o cambiarse de ropa sabiendo que tu niño no se moverá del sitio.

En efecto, la sucesión de estas imágenes encadenadas tiene efecto hipnótico. Sobre una melodía en vibráfono de lo que parece Bach, pasan suavemente imágenes de delfines, cascadas y niños de la edad de Mario chapoteando en el agua.

Mario da muestras de identificación con unos cachorros de cebra que se bañan en un charco gigante del Serengeti. Yo tam-



bién. Justo después de ver cómo unos niños muy rubios caen a cámara lenta por el tobogán de un parque acuático, suenan las llaves de Ceci y la puerta. Mario lo deja todo y sale dando tumbos por el pasillo a recibir a su madre.

Cierro los ojos y pienso que a mí lo que me encantaría es estar en Comala, aunque fuera a través de un vídeo. Mario vuelve al salón de la mano de una Ceci también rendida.

—Te acaba de llamar Santi, Ceci. Parece muy majo.

Ceci, en vez de majo, dirá lindo.

—Es súper lindo.

Como decían en Buenos Aires.

Nos ponemos a dar saltitos en círculos como dos idiotas y chillando: «¡Santi, uh-uh-uh, Santi!». Reminiscencias de la veintena. Mario nos mira atónito y cuando le miramos, se ríe forzosamente. Carcajada social.

Todavía son las nueve, pienso que quizá me puede dar tiempo a terminar mi *Pedro Páramo* abandonado boca abajo en casa. La despedida en abrazo de Mario me recompensa todo mi tiempo supuestamente perdido. Esa mirada de Langosta Loca es mano de santo para mi eterna desorientación.

Me llevo sin darme cuenta la bici de Ceci. Mañana me tocará volver a cambiársela a la salida de la guardería. Espero que Ceci me convide a una cervecita en un velador al solito.

Yo, por mi parte, me dejaré invitar a una caña en una terraza al sol.